



Pato moceta / Duotono /  
Ilustración digital / 2023

LETRAS DE ARMAS TOMAR

MARÍA GÓMEZ DE LEÓN

**L**os oficios son el gran parche del mundo. Son la fuerza de trabajo que zurce todo defecto y avería. Son, en apariencia, una especie en peligro de extinción. Algunos, quienes no creemos en la muerte a cuentagotas, acudimos al zapatero y al relojero para extender la vida útil de nuestros objetos más preciados, quienes nos han acompañado sin titubeos y han llegado al precipicio de la muerte.

Fueron tan casi caninos en su fidelidad, que creímos que conocíamos su historia completa, pero los objetos que pueblan nuestra existencia, aquellas prótesis de cada día, callan su pasado, tan manoseado por otras manos, más humanas, quizás, que las nuestras. Marx lo supo: “cuando los instrumentos de producción acusan su carácter de productos de un trabajo anterior es cuando presentan algún defecto. Cuando el cuchillo no corta o la hebra se rompe a cada paso es cuando los que manejan estos materiales se acuerdan del que los fabricó. En el producto bien elaborado se borran las huellas del trabajo anterior al que debe sus cualidades útiles”. Errar es humano:

por las grietas de las cosas mana la historia del obrero y de su contraparte siniestra, el maestro del oficio, quien completa el trabajo del primero después de una pausa de desgaste.

No tengo que conocer a quienes han fabricado estas prendas de poliéster que me visten: mejor cebar la vista. Los oficios, en cambio, nos tocan en lo más íntimo. Existe alguien que palpa con sus manos el empeine de nuestras botas favoritas, o calza su palma y lleva nuestras suelas muy cerca de su cara. Y, aun así, como el doctor, el zapatero debe limar a diario su sensibilidad, su tendencia a enredarse de más en un caso o una historia, a encariñarse con la erosión asimétrica de la pisada chueca o la huella en negativo de un empeine bien arqueado. A mí me inquieta tanta cercanía. Hablo de esa intimidad que por apilarse y apilarse se desvanece. Porque, supongamos por un instante que no, que el zapatero no afila su distancia, que, novato y amurallado tras la lámina de su local, se enamora de un par de botas de gamuza, con agujetas y tacón, y que poco a poco se anuda

en él el impulso por encontrar a su polvosa cenicienta. Incluso suponiendo que al zapatero le interesa la horma de sus pacientes, lo triste es la falta de anonimato: siempre hay que darle la cara al zapatero, a veces pagarle en anticipos, huidizos a entregar nuestro calzado, a tomar ambos pares con los dedos y ponerlos, con una apenas sombra de color en la mejilla, en el mostrador. Insisto: al zapatero poco le importa vernos tan descalzos en ese momento.

Pienso, por ejemplo, en la rectitud impermeable del cerrajero, a quien mi malsana distracción me ha obligado a frecuentar. Conozco a dos porque a la cuarta vez que dejé las llaves dentro de mi departamento, me daba demasiada pena darle la cara al operario de la esquina. Caminé, impoluta, a la siguiente cuadra. Ese día el cerrajero estuvo –no es hipérbole– una hora y media intentando abrir mi puerta, y yo no entendía si cada minuto aleado con empeño aumentaba en algo la probabilidad de ganarle al cerrojo. Yo había perdido ya toda esperanza, pero me sentía muy mal por él: por haberlo hecho venir hasta acá, a pesar de las cuadras, cargando a cuestas su herramienta. Me quedé pensando en la necesidad de un punto de inflexión, una regla universal que dicte: si no has abierto una puerta en diecisiete minutos, ríndete. Sentada ahí en las escaleras, “encerrada afuera” de mi casa, imaginé a un matemático israelí, a la luz de una lámpara tenue, haciendo cálculos imposibles, sacando la superficie de la densidad probabilística de abrir un cerrojo tipo b, con la herramienta x, entre cero y mil minutos de intentos, cautivo de incógnitas, integrando. Entre los 17.876 y los 18.0897, todo tiende a cero: ríndete. Sería

mejor ceder ante el evidente fracaso. Pero el cerrajero era hombre de optimismo férreo y a mí todavía me faltaban setenta minutos ahí sentada. Las reglas de los oficios tienen bordes difusos.

Yo creo que los cerrajeros se encomiendan diario a la suerte. Su labor consiste en insertar diversos objetos puntiagudos por un ojal y agitar las manos vigorosamente. Es casi un ritual religioso. Primero se rinden en genuflexión ante la puerta, y riegan sus herramientas en el suelo como una ofrenda en media luna. Despues eligen a sus víctimas, ganzúas de puntas onduladas que

sacuden al interior del cerrojo. Sus manos hacen una danza de aves del paraíso en pleno cortejo, ahuecando su plumaje. Al cabo de un rato cambian de herramienta. Y así sucesivamente. Sin ton ni son. A veces interrumpen la coreografía para lubricar con aerosoles o darle golpecitos a la puerta.

Debe decirse pronto: hay algo verdaderamente orgásmico en forzar un cerrojo. Se abre la puerta de golpe, y detrás nos esperan tesoros, cadáveres o bibliotecas secretas, amoríos o universos paralelos. Cuando el cerrajero abre la puerta a nuestra propia casa hay un instante íntimo donde la descubrimos con los ojos extranjeros de un gato. No sé si al cerrajero le gane la curiosidad, aunque sea una fracción de segundo. Yo me escurro en adrenalina en ese momento del golpe, cuando rechina la puerta, abriéndose, y palpito ante la idea de los ojos intrusos viendo mis plantas y mis libros, pero también, tal vez, los platos sucios o la ropa interior en plena sala. No se les escapa la mirada. La rectitud del cerrajero es un candado infalible.

*Ese día el cerrajero  
estuvo –no es  
hipérbole– una hora  
y media intentando  
abrir mi puerta,  
y yo no entendía  
si cada minuto  
aleado con empeño  
aumentaba en algo  
la probabilidad de  
ganarle al cerrojo.*

El sastre, por ejemplo, jamás repara en nuestra ropa. Ni siquiera la repara. Nos repara más bien a nosotros, tan cortos de brazos y de piernas. La costurera nos da cabida en este mundo, que solo nos sabe hablar en tres categorías: chico, mediano, grande (y sus respectivas extrapolaciones). Hemos sabido llenar la tela y habitarla. Ahí transpiramos los días, y ella los absorbe. A veces nuestra ropa cuelga de un gancho, anónima y paciente, junto con otras prendas entumidas, esperando adelgazar el dobladillo bajo el bisturí de la aguja que bate con pulso de colibrí. Los dedos del sastre alimentan el pie prensatelas de la máquina en línea recta, con una exactitud invisible, sin miedo al picotazo desenfrenado de la aguja.

El afilador tampoco le teme a nada. Reúne en su puño un manojo de cuchillos, como un arreglo floral digno solo de estos días. Una a una, remojadas en agua con jabón, toma las hojas metálicas y las lleva al curso ensimismado del esmeril. Me ha dicho que lo más riesgoso de su oficio es rebanarse un dedo. Él opina que la nube de polvo metálico, la fina lluvia de destello que lo envuelve, no le hace daño. (No me atrevo a asegurarle lo contrario y señalarle la verdad que tapiza sus pulmones). El afilador no le tiene miedo a nada, he dicho, pues sabe que todo lo que tiene filo termina por perderlo, pero que solo ciertas cosas saben ceder su materia para volver a empezar.

Si las cosas se transparentan únicamente en su estado de salud, si no se escucha el ruido del cuchillo que rebana, si la suela desaparece de mi andar cuando está íntegra, si el lapicero no existe hasta que se le rompe la puntilla, siempre, siempre a media palabra, quizá es porque las cosas están cansadas de lubricar nuestra existencia sin que reparemos en ellas o en su utilidad. Un desperfecto no es más que un intento desesperado por llamar nuestra atención. Aquí estoy. Mira cómo me descoso.

Mi abuelo fue relojero, desde los 14 años hasta que perdió la vista. Pero el lenguaje es pantanoso: mi abuelo no “perdió” nada. No está su vista en alguna banqueta, ni la encontró algún niño colmado de suerte, no yace junto a todas las mariposas de los aretes ni las ligas de pelo, en ese universo paralelo de las cosas perdidas con frecuencia, cerrado con una llave única, discreta, tras una puerta que ningún cerrajero puede vencer. Mi abuelo desgastó el filo de la vista. La dejó ungida entre engranes y rubíes diminutos. No la puedo recolectar, ni hay quién se la repare. Se exprimió como un líquido por sus ojos, dos mitades de naranja prensadas con la destreza del mejor juguero del mercado: el tiempo. Y todo para que mi abuelo le devolviera los minutos a quienes cargan la hora en sus muñecas, ceñida en el lugar exacto donde se toma el pulso, la gente que no entiende que jamás marcarán venas y relojes el mismo paso.

El oficio que ejerció mi abuelo es tan poco para tantos. Hilo transparente, cada día. Es protagonista de historias que se cuentan con los dedos de la mano, el relojero. Pero mi abuelo también es escritor y se supo hacer un lugar como el personaje principal de mil historias. A pesar de que sus suelas jamás pisaron aula alguna, escribió un libro de crónicas picarescas, todas tan certeras como le permitió el calce de la verdad con su imaginación. Le encanta, por ejemplo, narrar cómo perdió la vista. Estaba en un Sanborns –probablemente el de los azulejos, donde se reunía con sus amigos relojeros– cuando un púbero desbocado le apuntó con un láser directamente a la retina. Le chamuscó el ojo. (Así dice: chamuscó). El láser era verdísimo y mi abuelo vio su trayectoria lineal hasta que se convirtió en pura luz, o un punto de luz, una espada blanda perforando con destreza su saco izquierdo de humor vítreo: touché. Me conmueve que mi abuelo tuvo que perder así la vista: que haya tenido que confeccionarse una historia (parcialmente cierta) que le diera sentido a su

A veces me gustaría ser nihilista y alabar la descomposición de las cosas. Me gustaría abogar por nuestra no interferencia cuando los objetos comienzan a deshilvanarse. Y decir: ¿quién es uno para trazarles el camino?

pérdida más grande. Un acontecimiento. Una anécdota. Siempre es mejor el clímax que la muerte dosificada y homeopática. Así que no, no fueron los tornillos milimétricos que cegaron a mi abuelo. Fue la luz, el *punctum*, una laceración contradictoria, bálsamo de lo ordinario.

A veces me gustaría ser nihilista y alabar la descomposición de las cosas. Me gustaría abogar por nuestra no interferencia cuando los objetos comienzan a deshilvanarse. Y decir: ¿quién es uno para trazarles el camino? Me gustaría, también, que la mácula de mi abuelo no tuviera mella alguna, y, es más, se aguzara con el paso de las horas, hasta que lo viera todo, con nitidez insólita, y me narrara cada contorno del mundo en su voz seca y llena de gente. Pero carezco de razones para hacerlo. Me rehuso a la reproducción descontrolada de lo mismo. Como si más cosas cupieran en esta ciudad defectuosa. Se necesitan muchas sílabas para pronunciar “es suficiente”, pero lo son, también, todas esas sílabas. Ya está todo lo que tiene que estar. Me niego a vivir en un mundo donde todo es desecharable y, entre dientes, me susurra que, por lo tanto, yo también lo soy.

Espero que con el recrudecimiento de la crisis climática los oficios ganen prominencia. Hará falta voltear a ver a los objetos y sacarles todo el jugo que llevan dentro, no dejarles ni un halo de vida. Repararlos cuando sea necesario, una y otra vez, hasta que pierdan toda forma, e incluso entonces, consagrarlos a una nueva vida, como adornos o floreros o compostas. Mi maestra de historia insistía en que no vivimos en la era

del consumismo, pues desechamos las cosas incluso antes de que se consuman. Aquí reina la obsolescencia programada y la verdadera muerte de cada objeto está siempre tan lejos, allá en el mar o en el relleno sanitario, donde no los alcanza la vista humana.

Lo que se extingue día a día frente a nuestros ojos es el conocimiento no escrito de los oficios, los saberes que informan la labor desengranada de la producción a gran escala. Pronto no quedará siquiera el trazo del filo de la vista del último relojero: especie todavía con un ejemplar nevado por canas y caídas, mi abuelo que dice conocer esta ciudad como la palma de su mano. (Abre su mano como una mariposa o un sobre blanco cuando dice *esta ciudad*).

Regados en ella como un vapor desordenado, los trabajadores de oficios son una fuerza indómita contra el paso del tiempo, cercenan la entropía a machetazos. Son un ejército armado con borradores de deterioro. Y ahí se encierra su cariz revolucionario. Son una presa para el flujo acaudalado de mercancías que busca inundarnos hasta que desconozcamos nuestros propios bordes.

Quizá por eso a nadie le importan los oficios, en esta tierra que solo se arroba ante la brillosa novedad. Ni siquiera el sastre ha descubierto el hilo negro. Es fácil despreciar a quienes enmiendan. Hay que asumirlo. Nadie acude por gozo al afilador. Nadie quiere que las cosas se venzan a sí mismas, ni compartir con un extraño el más íntimo descuido, la torpeza de quienes tropezamos todos los días, con todos nuestros objetos (a quienes tampoco queremos nombrar, ni ver, sino dejar que hagan lo suyo en silencio). Los oficios son el gran parche del mundo, uno que cargamos en los codos, con vergüenza o tristeza, que son casi siempre la misma cosa. Será mejor no mirar nunca al zapatero, al relojero, al cerrajero. Nos dan solo, en el mejor de los casos, lo que ya debía de estar ahí, la cotidianidad inflada de nueva cuenta con aliento.